

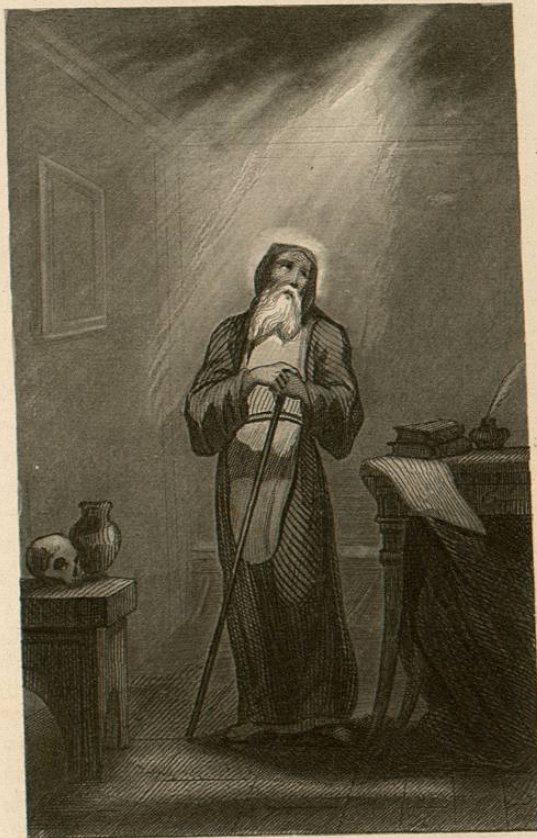
DIA SEGUNDO.

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR.

San Francisco de Paula, ornamento y maravilla de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria, el año de 1416, de una de las mas honradas y mas virtuosas familias de aquella ciudad. Jacobo Martolilo, por otro nombre Salicon, y Viana de Fuscaldo, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habian hecho al Señor bajo la invocacion de san Francisco de Asis, cuyo nombre le pusieron; y pocos dias despues habiendo advertido que el niño tenia en un ojo una nube que le embrazaba la vista, haciendo promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo san Francisco en uno de sus conventos, luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre criar por sí misma á su hijo, y cuidar de su virtuosa educacion. Dejóla poco que hacer la divina gracia, porque el niño Francisco habia nacido tan naturalmente inclinado á la virtud, que todos sus entretenimientos eran hacer oracion, y éstarse en las iglesias. Anticipóse la devocion á la razon, comenzando desde su mas tierna infancia aquella penitente vida que continuó hasta la muerte.

No contribuyeron poco á fomentar su piedad los buenos ejemplos que observaba dentro de su casa. Sus virtuosos padres, contentos con un hijo y con una hija que les habia dado el cielo, vivieron en adelante como hermano y hermana, atendiendo únicamente al cuidado de su salvacion y á la crianza de su corta familia. Era Francisco todo su consuelo; pero



S. FRANCISCO DE PAULA.

fué preciso privarse de él por cumplir la promesa que habian hecho. Luego que cumplió trece años, le entregaron á los religiosos de san Francisco en el convento de san Marcos, á una legua de la ciudad de Paula.

Desde luego observaron los frailes en el niño Francisco una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso y maduro, una docilidad, un rendimiento que no tenia semejante; y añadiéndose á todo esto una devocion que asombraba á los mas fervorosos, llegó á ser la admiracion de todo el convento. Hicieron quanto pudieron para no perder aquel tesoro, pero eran diferentes los designios de la divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinacion á Asis, á Nuestra Señora de los ángeles, y á Roma. De vuelta visitó los monasterios mas célebres que encontró en el camino, y llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario que estaba en una heredad suya distante quinientos pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenia mas que catorce años, bien persuadidos de que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto.

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrian tropas de ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto; esto le obligó á retirarse á otro mas desviado, y como á enterrarse vivo en una gruta, que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí resucitó en su persona el jéven anacoreta la abstinencia, los rigores y el fervor de los antiguos, y aun se adelantó á sus penitencias.

Su cama era el duro suelo de la misma roca; su comida yerbas y raices que arrancaba de un vecino bosque; su bebida el agua que iba á buscar á un arroyuelo bien distante de su gruta; el vestido vil y

grosero, con un áspero cilicio á raiz de sus delicadas carnes; su ocupacion leer libros espirituales, contemplar y orar continuamente. Esto es cuanto se ha podido saber de aquella vida escondida, que duró hasta que la Providencia le envió algunos discípulos que fuesen imitadores y testigos de sus virtudes.

El año de 1435, no pudiendo resistirse á los incessantes ruegos que le hicieron algunos jóvenes para que los admitiese por discípulos y les permitiese vivir en su compañía, consintió en que se fabricasen tres celdillas, y se erigiese una pequeña capilla, adonde un clérigo de una parroquia vecina venia regularmente á decirles misa y administrarles los sacramentos, juntándose en ella todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fué como la cuna de aquella ilustre religion que con el tiempo fué la mas hermosa porcion del rebaño de Jesucristo, y el mas bello ornamento de su Iglesia; de aquella órden que, singularizándose entre las demás por su especial cuarto voto de abstinencia, confunde la delicadeza de tantos tibios cristianos que pretenden tener legítimos motivos para dispensarse en el ayuno y manjares propios de la cuaresma; de aquella órden en fin tan fecunda en hombres insignes, que se difundió por todas las cuatro partes del mundo, aun en vida de su fundador, y que conserva hoy, despues de trescientos años, todo el fervor del primitivo instituto, y realza la humildad de su nombre con el relieve de tantas virtudes.

No tenia á la sazón nuestro santo mas que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obraba por él, aumentaron tanto el número de sus discípulos que se vió precisado á pensar en edificar un monasterio que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo de Cosenza. Como la humildad de nuestro santo hubiese formado muy estrecho el plan, apareció-

sele de repente un religioso de san Francisco, aconsejándole hiciese un convento mas capaz y de extension mas proporcionada, y habiéndole dejado todas las dimensiones, desapareció: lo que hizo creer piadosamente al papa Leon X que el religioso que se habia aparecido habia sido el mismo san Francisco de Asis.

No se puede ponderar el ardor con que todos los pueblos del contorno concurrían á porfía á adelantar la obra del monasterio. Venían á trabajar tropas enteras de artesanos por su propia devocion, sin ser gravosos á Francisco ni á su comunidad. Los jóvenes de primera distincion y aun las mismas señoras y damas principales llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuertas y el ripio para el cimiento, y servían á los albañiles, á quienes despues pagaban los jornales. Pocas fueron las personas que no quisiesen tener parte en este maravilloso edificio; pero nada lo adelantó tanto como los milagros que obró el Señor por intercesion de nuestro santo.

Uno de los testigos del proceso hecho en Cosenza para su canonizacion, depone que habiéndose hecho llevar al santo para que le aliviase de un vehemente dolor que sentia en un muslo y le impedia andar y tenerse en pié, Francisco, despues de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del cielo por el poco respeto que habia tenido á su madre, le mandó que llevase á la obra una viga de enorme peso que muchos hombres apenas pudieran mover. No pudo contener la risa el enfermo al oír semejante proposicion; pero el santo le dijo: *Por caridad haced lo que os mando, que bien podeis.* Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con la viga al hombro, llevóla á la obra, y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se habia abierto por diferentes partes con la violencia del fuego, y estaba próximo á desplomarse. Corre al

horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas cerrando las rendijas, repáralo todo, y se sale con grande serenidad sin la mas leve lesion.

Parece que poseia el don universal de milagros. Desprendido del monte, un corpulento peñasco venia á desgajarse sobre el edificio, y á sepultarlo entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo mas pendiente de la escarpada montaña. Falta agua á los que trabajan en la obra; hace oracion, y brota una copiosa fuente, que jamás se ha secado. Concluido en fin el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular sin aflojar en el primitivo rigor de penitencia que habia entablado en la primera ermita. Y aunque no quiso obligar á sus religiosos á una vida tan austera como la que él hacia, pues habia mucho tiempo que se mantenía con solas legumbres, prohibiéndose aun el uso del pescado, mandó que por cuarto voto se obligasen todos á una perpetua abstinencia de carne y de lacticinios.

No dudando el arzobispo de Cosenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la extension de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vió el santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Especia y Corigliano.

Deseosos los Sicilianos de entrar á la parte en la dicha de los Calabreses, pidieron á Francisco enviase á su isla algunos religiosos. Fué el mismo santo en persona, é hizo muchas nuevas fundaciones; y como el don de milagros le acompañaba por todas partes, hizo tantas maravillas como pasos. El patron de un navio muy interesado no quiso admitirle á bordo; él tendió su manto sobre las ondas, y en este nuevo género de embarcacion pasó con sus compañeros el famoso estrecho de Sicilia.

Pareciera que Francisco tenia la llave de todos los corazones para registrar hasta los pensamientos mas secretos; que estaba á un mismo tiempo en todos los lugares del mundo para ser testigo ocular de los sucesos mas distantes; y que tenia todos los tiempos presentes, tan detallada era hasta en las mas minimas circunstancias la relacion que hacia de lo venidero.

Profetizó la toma de Constantinopla; mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles que atacase á los Turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; una completa victoria verificó la profecia. Pronosticó al rey de España que expeleria los Moros de sus estados, y que él mismo recobraría el reino de Granada. Movida la hermana del santo de una ternura mal regulada, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religion de su tio: muere el muchacho dentro de pocos dias, tráenle á enterrar á la iglesia del convento, cántanle el oficio de difuntos, y cuando iban á meterle en la sepultura, ordena el santo que lleven el cadáver á su celda: hace oracion, y le resucita. La pobre madre llena de dolor vino el dia siguiente al convento á consolarse con su santo hermano; confesó que era justo castigo del cielo, y que si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviria. Y bien, la dijo el santo, ¿darias ahora tu consentimiento? Ah, hermano mio, respondió la afligida madre, y cómo que le daria; pero ya viene tarde! San Francisco le dice que aguarde un poco; súbese á la celda, dá el hábito al sobrino, baja con él, y preséntasele á la madre. Este fué el célebre padre Fr. Nicolás de Aleso, que acompañó á su tio en el viaje de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

Pierde el fuego en sus manos toda su virtud: ase ascuas sin sentir la menor lesion, para probar á unos

legados del sumo pontífice que Dios es el principal autor de su instituto. Todos los elementos han oído su voz, han obedecido sus órdenes, se han sujetado á cuantas disposiciones él quiso, como si Dios le hubiese establecido árbitro absoluto del mundo.

A vista de tantas maravillas no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se habia de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras?

Informado el papa Sixto IV de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que hacia su instituto en Sicilia y en Calabria, quiso verle; y examinada su regla, la aprobó solemnemente por una bula expedida en 25 de mayo de 1474, nombrando á Francisco por general de toda la órden.

No es posible comprender cómo un hombre solo podia atender á tantos negocios y cuidados, capaces de cansar las fuerzas de muchos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todo responde; siendo él solo como el alma de su tierna religion, prodigiosamente multiplicada, dispone y arregla todos sus concertados movimientos; buscado de grandes y de pequeños para alivio en sus dolencias, y para consuelo en sus aflicciones, á todos atiende, á todos socorre, á todos consueta; y en medio de esta continuacion trabajosa de fatigas, pasa las noches en oracion, sin mas cama que una tabla, y una piedra por cabecera. Su vida es un perpetuo ayuno: despedaza su cuerpo por medio de sangrientas disciplinas con un azote armado de puntas de hierro; su vestido no es mas que un cilicio encubierto. Su corazon estaba tan abrasado en el amor de Jesucristo, que le bastaba poner los ojos en un crucifijo, ó levantarlos al cielo, para salir fuera de sí arrebatado y extático; y su devocion á la santísima Virgen era tan fervorosa

y tan tierna, que solo con oír el dulce nombre de Maria, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.

No era fácil estuviese defendida de la persecucion aquella santidad tan eminente. Un célebre predicador, mas aplaudido que discreto, mal informado de su divino instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fué despues insigne protector de toda su religion.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragon, dejándose impresionar con demasiada facilidad de los que miraban con desafecto á Francisco, dieron órden de prenderle. El capitán á quien se encargó la comision, apenas se puso en presencia del santo y fué testigo de los milagros que obraba, arrojándose á sus pies, le rogó pidiese á Dios por él y por los príncipes, é hizo bien pronto cambiar de opinion á toda la corte.

Extendiéndose fuera de Italia, la fama de su santidad y de sus milagros llegó á la corte de Francia. Hallábase á la sazón el rey Luis XI gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours; y habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al ermitaño de Calabria. Fué menester mas de un breve pontificio para hacerle ir á la corte. Su viaje fué una série de maravillas; siendo acaso la mayor y la mas admirable de todas su inalterable humildad en medio de tantas honras.

No pudieran hacerse mayores á un legado de la santa sede, que las que recibió en la corte del rey de Nápoles. Con todo eso habló á aquel príncipe con libertad de profeta, y le hizo derramar lágrimas de arrepentimiento por muchas cosas que habia hecho. El papa Sixto IV le recibió en Roma como á un ángel

del cielo; consultóle sobre gravísimos negocios de la cristiandad, y para honrarle le hizo sentarse á su lado. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero en este punto se mostró inflexible su profunda humildad. De todas las amplias facultades con que le brindó su santidad, solo aceptó la de poder bendecir velas y rosarios. Resistiéndose el pontífice á confirmar el cuarto voto de perpetua abstinencia en su orden, cogió el santo la mano al cardenal Julian de la Ruyera, que se hallaba presente, y dijo: *Santisimo Padre, este hará lo que V. Santidad no quiere hacer*; como lo hizo en efecto cuando fué elegido papa, veinte y dos años despues, con el nombre de Julio II.

Al acercarse á los pueblos, salian en tropas á recibirle, y pocos se retiraban de su presencia sin ser testigos de algun milagro. Cuando entró en Bormes, en la costa de Provenza, halló la ciudad desolada con una cruel pestilencia; pero no solo quedaron sanos todos los que estaban enfermos, sino que despues acá parece que el contagio ha respetado á aquella ciudad por los méritos del santo.

Fué recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El Delfin, que fué despues Carlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Habiendo llegado al palacio de Plesis, el rey con toda la corte le salió al encuentro, y le recibió con tanto honor y respeto, dice Comines, como si fuera el mismo papa. Echóse á sus piés, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el santo le respondió como prudente, y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus limites como la de los demás hombres; V. M. me ha hecho venir para que le alcancemos de Dios vida mas larga, y el Señor me trae para disponer á V. M. á una santa muerte*. El rey, á quien hasta entonces el pensamiento solo de la muerte asustaba y aun estremeía, oyó la fatal sentencia con admirable

rendimiento á los decretos del cielo. Mandó que alojasen al siervo de Dios en un cuarto dentro de palacio, para poder hablarle con mas comodidad y con mayor frecuencia: cada dia pasaba con él dos ó tres horas, y cuanto mas le trataba, mas convencido quedaba de su extraordinaria santidad; y resignado en fin perfectamente á las disposiciones del Señor, murió en sus brazos con demostraciones muy cristianas, despues de haberle encomendado sus tres hijos, y pedido el sufragio de sus oraciones por el descanso de su alma.

Carlos VIII aun hizo mas singulares honras á nuestro santo que las que le habia hecho su padre. Nada hacia sin su consejo, no solo en las cosas tocantes á su conciencia, pero aun en los negocios pertenecientes al estado; tan cierto es que la virtud es respetable aun á los mayores monarcas. Quiso que fuese padrino de su hijo el Delfin, y le pusiese nombre. Fundó un hermoso convento de su orden en el parque de Plesis, otro en Amboisa en el mismo lugar adonde habia salido á recibir al santo cuando vino á Francia; y hallándose en Roma este príncipe el año de 1455, fundó en aquella corte el tercer convento de la misma orden, con la advocacion de la Santísima Trinidad, queriendo que los religiosos que viviesen en él, fuesen siempre de la nacion francesa. Mostróse el santo por toda su vida sumamente agradecido á la bondad del rey y á sus grandes beneficios; y le alcanzó de Dios con sus oraciones dos insignes victorias, una en la batalla de San Aubin, y otra en la famosa jornada de Fornoue. A san Francisco de Paula debe en parte la corona de Francia el ducado de Bretaña, por el matrimonio del rey Carlos con Ana, heredera de aquel opulento estado, en cuya negociacion se empleó el santo con feliz suceso. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, aun quiso exceder á

sus predecesores en las demostraciones de amor y de beneficencia á nuestro santo, de que le dió pruebas ilustres y gloriosas.

Pero lo mas asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fué la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; fué tan pobre, tan humilde, tan mortificado, tan recogido en medio de la corte del papa y de los reyes, como en la soledad de su primera ermita.

Durante su residencia en el convento de Plesis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres reglas que compuso; á saber, para los religiosos, para las religiosas, y para la tercera orden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alejandro VI, y despues solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el santo lo habia profetizado. Pero el humilde y santo fundador, lejos de dar su nombre á la orden, quiso que sus hijos se llamasen como él, *los mínimos de todos*; nombre que en nuestra santa religion les da mas honra, que los mas magníficos dictados. Y como la caridad, que tenia tan frecuentemente en la boca, y continuamente en el corazon, fué el móvil de todas sus acciones, quiso que fuese tambien en parte el carácter de sus hijos; de suerte que, de las dos virtudes mas queridas de nuestro santo, la humildad cristiana y la caridad, la primera dió el distintivo á la orden, y la segunda la sirvió de simbolo, segun las altas disposiciones del cielo.

En fin, el año de 1507, aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado, y tan profundamente humilde; aquel profeta, aquel nuevo taumaturgo, que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, despues de haber visto extendida su religion en Italia por la

benevolencia de los sumos pontífices, en Francia por la piedad de los reyes, en España por el zelo del rey don Fernando el Católico, y en Alemania por la veneracion que le profesaba el emperador Maximiliano I; habiendo sido como el oráculo universal del orbe cristiano y la admiracion de los pueblos; colmado de merecimientos; despues de una enfermedad de pocos dias, que para él fué una continua oracion; habiendo juntado á sus religiosos y encomendádoles mucho el amor de Dios, la caridad y union entre sí, la fidelidad á la santa regla, y especialmente al cuarto voto de perpetua abstinencia, se hizo llevar á la iglesia el jueves santo, se confesó y recibió el viático, los piés delcalzos y con un dogal al cuello; y habiendo hecho que le restituyesen á su pobre celda, el dia siguiente, 2 de abril, rindió dulcemente su espiritu en manos de su Criador, siendo de edad de noventa y un años; prodigiosa duracion de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan extenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fué conducido el cadáver del santo á la iglesia del convento, donde estuvo expuesto tres dias, sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente, por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbon, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema, madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura, y le condujeron á una bóveda de canteria ricamente adornada, que habian mandado labrar debajo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo expuesto por muchos dias tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo; y allí fué donde un célebre pintor, sacando primero el molde de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido que se conserva hasta el dia de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesion en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajúelas que habian servido al santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las mas vivas instancias su canonizacion. Julio II, dió principio á las informaciones, Leon X le beatificó, el dia 7 de julio de 1513, y finalmente, el dia 4 de mayo de 1519, fué canonizado con extraordinaria solemnidad.

El año de 1562 los Hugonotes asolaron la provincia á sangre y fuego; y como principalmente empleaban su sacrilega rabia en las reliquias de los santos, que con diabólico furor reducian á cenizas, entraron como desatadas furias en la iglesia del convento de Plesis; abrieron el sepulcro del santo, y encontrando el precioso cadáver entero y sin lesion, vestido de su hábito, echáronle una soga al cuello, arrastráronlo impiamente por la iglesia y por el convento hasta llevarlo á la pieza que servia de hospederia, y allí le quemaron con el leño del gran crucifijo de la iglesia, que habian arrancado. Habia el santo profetizado esta horrible impiedad de los Hugonotes, señalando hasta el año en que habia de suceder, como algunos meses antes que sucediese se lo declarara al padre visitador José de Tellier un religioso de la orden que habia recibido el hábito de mano del mismo san Francisco. Pero no quiso Dios privar enteramente á los fieles de tan precioso tesoro; consumió el fuego la carne, mas la mayor parte de sus huesos fué preservada por los católicos zelosos que se mezclaron disimuladamente entre los herejes, y se distribuyeron despues en diferentes iglesias. Al convento de Plesis, y á la iglesia de *Nuestra Señora la Rica*, que es parroquia de Tours,

tocó una porcion de estas sagradas reliquias; las demás se conservan con singular veneracion en las iglesias de los Mínimos de Nigeon, de la plaza real de París, de Aix en Provenza, de Nápoles, de Génova, de Madrid, de Barcelona y de Paula, donde se guarda hasta el dia de hoy como preciosisima reliquia el pobre, viejo y raído hábito que dejó allí el santo cuando pasó á Francia, por el cual cada dia obra el Señor portentosas maravillas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Francisco de Paula, fundador del orden de los Mínimos, el cual, habiéndose hecho célebre por sus virtudes y milagros, fué canonizado por el papa Leon X.

En Cesarea de Palestina, la fiesta de san Anfiano, mártir, el cual, en la persecucion de Galerio Maximiano, habiendo reprendido al presidente Urbano de que sacrificaba á los idolos, fué cruelmente despedazado; despues, por una crueldad refinada, le envolvieron los piés en un lienzo empapado en aceite y le pegaron fuego; finalmente fué sumergido en el mar, y de este modo habiendo pasado por el fuego y por el agua, llegó al lugar del refrigerio.

Allí mismo, santa Teodosia, virgen de la ciudad de Tiro, la cual, en la misma persecucion, habiendo saludado públicamente á los santos confesores que estaban de pié delante del tribunal, y rogádoles que se acordasen de ella cuando estuviesen en el cielo, fué presa por los soldados, y llevada al presidente Urbano, por cuya orden la descarnaron los costados y los pechos hasta las entrañas, y en seguida la arrojaron al mar.

En Leon de Francia, san Nicerio, obispo de esta ciudad, esclarecido en santidad y en milagros.

En Como, san Abundio, obispo y confesor.
 En Langres, san Urbano, obispo.
 En Palestina, el tránsito de santa María Egipciaca,
 apellidada la Pecadora.

*La misa es en honra del mismo santo, y la oracion
 la que sigue.*

Deus, humilium celsitudo,
 qui B. Franciscum confesso-
 rem, sanctorum tuorum gloria
 sublimasti: tribue, quæsumus,
 ut ejus meritis et imitatione,
 promissa humilibus præmia
 feliciter consequamur. Per
 Dominum nostrum Jesum
 Christum...

O Dios, que eres la exalta-
 cion de los humildes, y que
 elevaste á tu confesor el biena-
 venturado Francisco á un su-
 blime grado en la gloria de los
 santos; pedímoste nos concedas
 que, por sus merecimientos é
 imitacion, consigamos feliz-
 mente los premios que están
 prometidos á los humildes. Por
 nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt
 lucra, hæc arbitratus sum
 propter Christum detrimenta.
 Verumtamen existimo omnia
 detrimentum esse propter emi-
 nentem scientiam Jesu Christi
 Domini mei: propter quem
 omnia detrimentum feci, et
 arbitror ut stercora, ut Chris-
 tum lucrifaciam, et inveniar
 in illo non habens meam justitiam,
 quæ ex lege est, sed
 illam quæ ex fide est Christi
 Jesu; quæ ex Deo est justitia
 in fide, ad cognoscendum
 illum, et virtutem resurrec-
 tionis ejus, et societatem pas-
 sionum illius: configuratus

Hermanos: Lo que antes
 tuve por ganancia, lo he repu-
 tado ya por pérdida, por amor
 de Cristo. Antes bien juzgo
 que todas las cosas son pérdida
 en comparacion de la alta
 ciencia de mi Señor Jesucristo,
 por cuyo amor he renunciado
 todas las cosas, y las tengo por
 estiércol, para ganar á Cristo, y
 ser hallado en él, no teniendo
 aquella propia justicia que
 viene de la ley, sino aquella
 justicia que nace de la fe en
 Jesucristo, aquella justicia que
 viene de Dios por la fe; para
 conocer á Jesucristo, y el po-
 der⁴ de su resurreccion, y la

mortis ejus: si quomodo occur-
 ram ad resurrectionem, quæ
 est ex mortuis. Non quod jam
 acceperim, aut jam perfectus
 sim: sequor autem si quomodo
 comprehendam in quo et com-
 prehensus sum á Christo Jesu.

participacion de sus tormentos,
 copiando en mí la imágen de
 su muerte, á fin de llegar de
 cualquier modo que sea á la re-
 surreccion de los muertos. No
 porque ya lo haya conseguido,
 ó sea ya perfecto, sino que ca-
 mino para llegar de algun modo
 adonde me ha destinado Jesu-
 cristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

« El asunto de esta carta en rigor no es mas que
 » dar gracias el Apóstol á los Filipenses, pueblos de
 » Macedonia, por la libertad y caridad que habian
 » usado con él; pero á vuelta de eso, no deja de
 » darles en toda ella consejos muy saludables, y lec-
 » ciones eficacisimas de la mas elevada santidad y
 » perfecto desasimiento. Escribióse esta epístola en
 » Roma, hácia el año del Señor de 61. »

REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya
 comienzo á mirarlas como desgracias, por amor de
 Jesucristo: *Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus
 sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura
 ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de
 nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del
 entendimiento humano, la extravagancia de nuestro
 gusto, una ciega preocupacion puede únicamente
 darles algun precio. La medida de su justo valor es
 la opinion, y esta crece ó mengua con la pasion.
 Las tierras, las posesiones, los empleos que son el
 objeto de nuestra ambicion, podemos decir que no
 los gozamos mas que por via de empréstito; somos á
 lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores,

que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que no se convierta en bilis. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo, eso es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre solamente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¿es posible que ha de tener por gran fortuna esos ropéles, esos fantasmas de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion? ¿Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar en esas eminencias expuestas á tantas tempestades, á tantos vientos furiosos? ¿qué fortuna no dar paso que no sea en un precipicio; caminar por entre espigas que punzan, que penetran, que despedazan; andar oprimido con cargas que sufocan? ¿qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para ser el blanco de los tiros del enemigo, para ser mejor distinguido en la refriega? ¿qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros en medio del ruido, estar expuesto á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro? No, no tengamos envidia á los dichosos del siglo; algun dia darán motivo á su llanto esas soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡Oh, qué cosa tan

triste es comenzar tan tarde á tener juicio, y á conocer las cosas como son! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, la ninguna sustancia de lo que deslumbra, de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo solo es bueno para servir de victima á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de san Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis : et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt : thesaurum non deficientem in cælis, quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos : No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejezen : un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA HUMILDAD CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una